

La Guerra de Corea y los principios de Seversky

(Conflicto local y conflagración total)

Por A. R. U.

Lo que en determinados momentos o épocas pudo ser fantasía de imposible realización práctica, con el transcurso del tiempo y la modificación de las circunstancias mundiales, así como los progresos mecánicos, puede llegar a ser no sólo una realidad factible y conveniente en la paz, sino la única posibilidad de acierto y victoria en caso de guerra.

Cuántas de las imaginarias proezas científicas que de muchachos nos hicieron soñar al leerlas en las novelas de Julio Verne, han sido no ya realizadas sino superadas con mucho. "La vuelta al mundo en ochenta días" sería hoy un viaje en carreta, después del vuelo circular del "Lucky Lady". "Ocho semanas en globo" serían una lata espantosa en comparación con los larguísimos recorridos que en pocas horas puede hacer un B-36. Las proezas submarinas del "Nautilus" han quedado para admirar a los chicos de hoy día—si es que las leen—más por lo arcaicas que por lo futuristas. Y hasta "El viaje a la Luna", en aquella molestísima bala de cañón, puede que sea realizado antes de que pase mucho tiempo, confortablemente instalados en los "sleepings" de un "proyector cohete" de la *Trans-Interplanetarium Company, S. A.*; para cuyos viajes ya hay apuntados muchos viajeros en diversas sociedades.

Respecto a esto de los viajes interplanetarios lo único que se nos ocurre comentar es: "¿para qué?" Pero es posible que esta pregunta sea únicamente un signo de principio de vejez, y que los jóvenes piensen de muy otro modo y tengan razón.

Lo cierto es que, cualquiera que en otros tiempos hubiese sostenido su real posibi-

lidad habría sido apartado a un lado como un pobre lunático inofensivo; y quien hubiera intentado forzar a sus gobiernos a realizarlo, habría sido puesto a buen recaudo como loco peligroso o molesto.

Todo esto demuestra que importa mucho más el coincidir con la conveniencia mercantil y económica del momento en curso y no violentar demasiado la evolución mental de las generaciones que aún tengan las prerrogativas del Gobierno y del Mando, que no el hecho de ser mecánicamente posible y tener plena razón de realidad, lo que se sostiene y se trata de imponer en el ánimo de los demás, sobre todo si va contra la costumbre y contra la conveniencia de fuertes intereses privados.

Los principios que preconizaba Douhet crearon gran resistencia y hostilidad en el momento en que los dió a conocer, no obstante que (consciente de su revulsivo) prefirió no lanzarlos en primera instancia en toda su total crudeza y alcance. Sin embargo, con el tiempo y salvo excepcionales extremos, que adelantos mecánicos han superado y obligado a variar, no son ya en absoluto revolucionarios, sino que constituyen la osamenta o armazón de la actual Doctrina Aérea.

Son, en cambio, en este momento, los nuevos principios que lanza Alejandro P. Seversky los que ocupan el lugar de forcejeo que antes tuvieron los de Douhet, y no por que éstos de ahora sean relativamente más subversivos o menos posibles en el tiempo, sino por la misma razón o motivo de siempre; por adelantarse a la *mentalidad standard*, y quizá un poco a las posibilidades mecánicas del momento, o por tratar de esti-

rarlas angustiosamente al límite máximo. ¿Y por qué no decirlo?, por lesionar intereses de ciertas comunidades o sectores, igual que ocurrió cuando la aparición del vapor, que tuvo que esperar a que evolucionasen lentamente los medios de navegación para no lesionar ni arruinar a los armadores de la navegación mercante a la vela, que tanta resistencia presentaron.

Podríamos hacer una imagen comparativa con lo que venimos diciendo, si consideramos que, en una orquesta algún músico no tocara del todo bien, pero lo hiciese a compás de la batuta del director, perdiéndose sus defectos en el conjunto armónico, mientras que otro músico que tocara con toda perfección fuera desacorde con la clave en que suenan los demás instrumentos y adelantándose mucho a los compases de la batuta, creando confusión y estridencia.

Cuanto sostuvo Douhet era verdad, pero no era posible realizarlo rápidamente sin crear un salto en el vacío que interrumpía bruscamente la evolución mental y económica, la cual, en la paz, tiene que ir variando paulatinamente para no dañar gravemente el equilibrio mismo nacional.

Ahora Seversky quiere también que se dé un salto en el vacío, con muchos de sus extremistas principios nuevos; no por ello quizá menos ciertos, y prácticamente posibles en un futuro no lejano. Incluso se impondrían violentamente si los sancionase las exigencias y realidades de una guerra total (muy diferente de la guerra de Corea), que rompiese el ritmo acompasadamente evolutivo de la paz para sustituirlo por el vértigo de la guerra, que no puede ni permite esperar.

No es momento de volver a hacer una exposición ni una crítica de los principios de Douhet, pues han sido hecho posible por los adelantos mecánicos de las naves, por los armamentos aéreos y por los medios y métodos de ayuda y protección del vuelo. Con la marcha forzada de la segunda gran guerra fueron impuestos, ensayados, digeridos y plenamente aceptados o dejados atrás, como pasados de moda, en aquello que no llegó a encontrar el momento oportuno de su aplicación práctica.

En cambio, sí es ocasión de examinar con atención objetiva y crítica desapasionada

lo que pudiéramos llamar *el actual momento Seversky*, diferenciando en cuanto él expone y pretende imponer, aquello que es posible aplicación inmediata (aun sin que estalle una nueva guerra), de aquello otro que sólo la guerra misma podría imponer, saltándose muchos de los eslabones intermedios por los que necesariamente hay que pasar en la más lenta evolución del progreso en tiempos de paz (incluso aunque se trate, como la que padecemos, de una "paz armada").

No es posible, en el corto espacio de un artículo, y sin molestar la atención del lector, exponer una crítica completa de la última obra de Seversky ("El Poder Aéreo"), en la que bastante violentamente expone sus nuevos principios, ni es nuestro propósito hacer su análisis detallado; nos parece más indicado y suficiente enumerar los títulos de sus capítulos, presentar sus tres tesis fundamentales e insertar a continuación algunos párrafos del prólogo de dicha obra, ya que en él resalta el espíritu extremista de sus proposiciones.

Por otra parte, hace en este prólogo consideraciones acertadísimas sobre las consecuencias erróneas (más o menos desinteresadas) que se han venido sacando de la guerra de Corea, con tendencia a aplicarlas a un posible futuro conflicto total con Rusia y sus satélites, que en nada habría de parecerse al conflicto localizado y en tono menor de la península asiática.

* * *

La lección de Corea. (Extracto del prólogo de la obra de A. P. Seversky, "El Poder Aéreo".)

"Por razones obvias, la conducción de una batalla localizada en un pequeño país, de escaso desarrollo industrial, ninguna relación puede guardar con una guerra total de dimensiones mundiales.

"La lucha en Corea, lo único que realmente hace, es ratificar en términos rotundos la apremiante exigencia de imprimir otros rumbos a nuestra Doctrina estratégica, si es que no queremos comprometer en forma irrevocable nuestros recursos y el potencial humano de la nación en un concepto estra-

tégico que nos llevaría al desastre por el desgaste y la insolvencia económica.

"Si hasta ahora hemos estado en condiciones de librar hasta en aquella península asiática una lucha al viejo estilo de las guerras de superficie, se debe exclusivamente a la no intervención total del Soviet en aquel conflicto.

"Gracias a ello, nuestras bases en el Japón operan hasta el presente con entera libertad de acción; nuestras fuerzas navales de apoyo navegan sin los obstáculos representados por sumergibles enemigos o por una fuerte acción aérea, y nuestros portaviones pueden operar en las aguas contiguas al territorio donde se derrolla la lucha armada, aunque en la pasada guerra se vieron impedidos de aproximarse al litoral europeo o al japonés hasta después que las Fuerzas Aéreas del adversario quedaron prácticamente liquidadas.

"En una guerra de verdad contra la Unión Soviética, la situación sería completamente distinta al conflicto coreano.

"Cualquier base instalada en un continente hostil, tal ocurre con Corea—accesible a las fuerzas de tierra comunistas, y expuestas a ataques de la Aviación rusa—, se tornaría indefendible desde el comienzo. Nos encontraríamos entonces en idéntica situación que la de un país europeo en guerra con los Estados Unidos que se propusiera, pongamos por caso, poner pie en Florida, península de superficie y configuración geográfica más o menos similar a la de Corea.

"Por consiguiente, incurren en un gravísimo error de apreciación quienes se precipitan a deducir conclusiones estratégicas de lo que está ocurriendo en Corea, como si una tercera guerra mundial no fuera a ser sino un episodio coreano ampliado a todo el continente de Eurasia.

"En el transcurso de los dos años que me llevó escribir este libro no he dejado de hacer públicos mis temores de que una guerra global podría iniciarse con una batalla empeñada en la periferia de la U. R. S. S. y la de sus satélites, cuya batalla la confundiríamos con una "guerra de verdad".

"Corea no viene sino a confirmar mis temores, como típico ejemplo de ese género

de acciones de guerra. Los compromisos de orden político y la efervescencia popular se han impuesto a los razonamientos de carácter militar.

"Ciertos observadores, que creen ver en el episodio de Corea algo así como un anticipo de lo que será la guerra del porvenir, se dejan llevar por un ofuscamiento, trágico a mi entender. En particular, incurren en profundos errores de apreciación al afirmar que lo ocurrido en Corea viene a rebatir la tesis sustentadora del Poder Aéreo. Olvidan que si Corea fuera una gran potencia industrializada como la U. R. S. S., una batalla por el dominio del aire hubiese constituido inevitablemente la primera fase del drama; ninguna acción de superficie habría podido ser decisiva sin antes haberse librado esa batalla suprema, cuya suerte hubiera decidido la del conflicto en general.

"Pero en Corea nuestro dominio del espacio, sin oposición enemiga, no podía en forma alguna resultar decisivo; nos vimos obligados a emplear la Fuerza Aérea Estratégica en misiones tácticas, en cuyo cumplimiento aquella resulta siempre ineficaz y costosa.

"La Aviación Táctica, debe recordarse, no constituye sino un arma auxiliar de las fuerzas de tierra, una especie de artillería de mayor alcance. Pero una artillería de nada sirve sin fuerzas de superficie para cuya acción los cañones abren camino. Por tanto, la Aviación Táctica carece de sentido sin efectivos terrestres destinados a explotar el éxito. En Corea una Aviación de dichas características sólo puede servir para poner fuera de acción a hombres y materiales a un ritmo superior a aquel con que ellos son arrojados por el enemigo al campo de batalla; en tanto, se dejan intactas las enormes reservas de potencialidad bélica de que dispone el adversario.

"Día llegará en que también la Aviación Táctica se encuentre en condiciones de operar sobre montañas, chimeneas y arboledas, sin visibilidad, utilizando instrumentos que le permitan levantar el vuelo a ciegas y localizar y alcanzar sus blancos con suficiente precisión, cualesquiera que sean las condiciones atmosféricas. Mas hoy por hoy no sucede así; las operaciones de una Aviación Táctica se rigen, en su mayor parte, por

procedimientos visuales, y, por consiguiente, vinculados a la topografía del terreno, a la lluvia, las nieblas y las condiciones de visibilidad. Hay épocas del año en que estos factores influyen considerablemente sobre nuestras operaciones, y en ellas el enemigo puede hacer valer su superioridad de superficie, sin oposición alguna por parte de la Fuerza Aérea Táctica contraria.

"De suma importancia es comprender que el Poder Aéreo estratégico, esto es, el elemento moderno y decisivo, no entra en la ecuación coreana. Esta fuerza no está hecha para librar luchas de superficie en países pequeños y atrasados. Las fuentes de origen de la potencialidad bélica norcoreana se hallan en Manchuria y en Rusia. Por razones conocidas nos vemos obligados a enfrentarnos con los efectos, en vez de hacerlo con las causas.

"El dominio del aire sería decisivo si tuviéramos acceso a los órganos vitales de la potencialidad enemiga. No resulta, pues, admisible en estas otras circunstancias basarse sobre lo que ocurre en Corea actualmente, para abrir un juicio acerca del empleo del Poder Aéreo en el caso bien diferente de una guerra intercontinental rusoamericana.

"Lo trágico reside en habernos empeñado en acciones preliminares del expresado género, al querer sostener posiciones insostenibles de ultramar, como consecuencia de compromisos políticos desvinculados de las realidades geográficas y de nuestras limitaciones en potencial humano y recursos.

"Quienes interpretan mal las enseñanzas de la guerra de Corea se hallan empeñados ya en conseguir que los Estados Unidos encaucen poco menos que la totalidad de su capacidad bélica en organizar una fuerza de superficie, a modo de un esfuerzo—irremisiblemente fatal—por contrarrestar el potencial humano de los comunistas. Sin proponérselo, le están haciendo el juego a Moscú.

"En una lucha como esa nos veríamos forzados desde un principio a fraccionar nuestra potencialidad en tres parcelas, al tratar de contar, a un mismo tiempo, con poderosas fuerzas de tierra, mar y aire. Mientras que Rusia, sin tener que depender de vías marítimas (por luchar en una masa continental que se basta a sí propia),

sólo se vería obligada a parcelar su capacidad bélica en dos: tierra y aire. Dada la abrumadora superioridad del soviético en potencial humano, para la batalla y para la producción, esa sola ventaja de su parte bastaría para llevarnos a una derrota inevitable.

"Por fortuna, existe una alternativa de acción. Es la que el autor expone en aquellas páginas. Si se sabe analizar a fondo el episodio de Corea, nos revelará los riesgos de confiar nuestra defensa nacional de los Estados Unidos a una doctrina estratégica de superficie. En ese caso, la primera agresión militar del Kremlin habría resultado en extremo prematura, pues con ello se nos habrían abierto los ojos para comprender la absoluta esterilidad de hacer la guerra conforme a los antiguos cánones en la materia.

"Nuestra catástrofe inicial del Pacífico, todavía fresca en la memoria de todos, llegó a producirse en razón de haberse adoptado una doctrina estratégica desacertada y empantanada en las ciénagas de la primera guerra mundial. Nos encontramos hoy en la misma situación. Nuestra actual doctrina estratégica también se halla empantanada en los marasmos de la segunda guerra mundial.

"Debemos replegarnos a posiciones compatibles con la realidad estratégica de la hora actual.

"Una vez que nos hayamos resuelto a adoptar una nueva doctrina estratégica, mediante un Poder Aéreo invencible, sin rodeos ni limitaciones, animados del firme propósito de emplear todos nuestros recursos para llevarla a la práctica, estaremos en condiciones de prevenir la agotadora serie de "episodios coreanos" que amenazan con absorber nuestra potencialidad bélica y devorar nuestra juventud. Sólo entonces habremos puesto a Moscú frente a frente con la amenaza de una reacción que, de ser necesario, podrá ser llevada hasta los límites de una victoria total y definitiva."

* * *

Como dijimos, hemos presentado algunos párrafos del prólogo de "El Poder Aéreo" Añadamos a él la relación de los títulos de

algunos de sus capítulos: "Crisis en la defensa nacional", "La paz por el Poder Aéreo", "Nuestra línea Maginot", "Las bases de ultramar son insostenibles", "El mito de los portaviones", "Histerismo atómico y sentido común", "La posición estratégica de los Estados Unidos", "La guerra de los hemisferios".

Tendremos con esto suficientes datos para darnos cuenta del estilo y alcance de esta obra y de lo revolucionario de los principios que defiende el autor.

Coincidimos con él en casi todo lo que dice de la guerra de Corea, y de los errores tan peligrosos en que podría caerse al sacar de allí consecuencias en contra del Poder Aéreo y en contra de la importancia de la Aviación Estratégica, para otra guerra mundial con fuerte enemigo aéreo, al emplear esta Aviación contra una nación o conjunto de naciones muy vulnerables al bombardeo por hallarse muy industrializadas.

Pero creemos que no ha sido una craso error el hacer frente en Corea a las desmedidas aspiraciones imperialistas del comunismo rusoasiático, tanto para darle un toque de "alto", que ya estaba haciéndole falta, como asimismo porque aun a costa de mucho dolor y sacrificios no hay que olvidar que ha servido también para poder darle al pueblo americano (y a otros pueblos europeos) un rápido "viraje en la vertical" contra el antiguo aliado ruso, que de otro modo hubiera exigido mucho más tiempo, y porque aquel aviso de Corea ha hecho despertar de su letargo al espíritu de conservación y defensa de Europa occidental, no obstante el "lastre" que presentan ciertos Gobiernos, primos hermanos del comunismo, que usufructúan el Poder en varias naciones, los cuales Gobiernos, por temor a un importante sector comunista o comunista de sus propios pueblos, tienen encendida una vela a Dios y otra al diablo.

Es natural que no podamos tampoco coincidir totalmente con las doctrinas que Seversky defiende, porque estamos en Europa y no en América; porque la retirada de las bases avanzadas, como él propone, y la guerra aérea a gran distancia, desde aquel continente americano contra Rusia, implica

la invasión de la Europa occidental y su comunización; entiéndase la soviétización del continente y el exterminio de toda espiritualidad cristiana y de toda idea social distinta al comunismo marxista. Lo que luego pudiera recuperarse, en el caso de una liberación por *victoria aérea*, serían las ruinas materiales y morales de lo que constituye nuestra propia vida y nuestra propia razón de existir. No puede convencernos ninguna teoría de contenido aislacionista.

Por otro lado, nos quedamos, al menos por ahora, a mitad de camino en ciertos puntos relacionados con la desaparición del Poder Naval y la total inutilidad de los portaviones. Puede que llegue el día en que eso sea totalmente cierto; pero por ahora, y dados los radios prácticos de acción aérea, en combinación con las cargas de agresivos y con el número de servicios que se pueden hacer en un tiempo dado y con un número determinado de aviones, la distancia al objetivo, y, por tanto, las "bases aéreas avanzadas" (terrestres y flotantes) tienen que seguir contando como algo muy conveniente y utilísimas, siempre que (en contra de lo que Seversky dice) puedan defenderse, abastecerse y conservarse. Ligado a esto va la supervivencia del Poder Naval, que según Seversky ya no cuenta para nada.

En ciertos momentos, al leer esta obra, hemos llegado a pensar si, al revés de lo que le ocurría a Douhet (que temió exponer en todo su alcance sus teorías por no hacerlas demasiado inaceptables), Seversky exagera a sabiendas y a propio intento sus teorías y propósitos para, contando con la rebaja, no quedarse corto en lo que realmente se propone lograr; pero que quizá él mismo reconozca en el fondo que son algunos de sus puntos práctica y económicamente imposibles de aplicar, sin la gran ayuda que las exigencias de la guerra significan después de haber estallado.

En plena guerra sabemos que todos los saltos bruscos del progreso están justificados, y que todas las exigencias son posibles, aun en contra de la economía y de los intereses sectoriales.

La tesis sustentada en su libro por Seversky se apoya, según él mismo sintetiza, en tres consideraciones básicas:

1. Las premisas sobre las cuales forja Washington su doctrina estratégica son erróneas y llevan implícitos los gérmenes del desastre.
2. Sólo una determinada estrategia llevará a la victoria: aquélla tendente a obtener el dominio del espacio con miras a asegurar la libertad de la acción aérea, ejercida directamente desde el continente americano.
3. Una estrategia acertada, audazmente concebida y basada sobre modalidades y ventajas de la comunidad americana, constituirá la mejor garantía de paz."

Pensando en guerra intercontinental, nosotros creemos que, visto el ataque aéreo desde el continente americano, como pretende Seversky, aparece toda la U. R. S. S., en cierto modo, como retaguardia lejana. Mientras que en una guerra aérea desde un collar de bases avanzadas próximas parece, por el contrario, que Rusia carece de retaguardia, siendo siempre toda América retaguardia lejana.

El hecho de carecer la U. R. S. S. de retaguardia lejana bajo el ataque aéreo enemigo podía compensar bastante su gran ventaja de no necesitar líneas logísticas transoceánicas y, por tanto, no tener que mantener una Fuerza Naval. Ya dijimos en otra ocasión que Rusia se nos antojaba a modo de un gigante que no sabe nadar; muy fuerte para toda acción continental, pero incapaz de llevar su esfuerzo a ningún lugar que exija atravesar espacios marítimos algo extensos. Decimos esto sin olvidarnos de su estupenda flota submarina y del interrogante de si será exclusivamente defensiva...

No estamos ni podemos estar tampoco conformes con algo que dice Seversky referente a la producción mecánica rusa, de que no podría mantener el ritmo de producción al nivel de las exigencias, y que el vacío no constituye un medio adecuado a la producción técnica; como asimismo, refiriéndose a Rusia, que la moderna y complicada maquinaria se inutiliza en manos de gente relativamente primitiva, pues hacen falta generaciones enteras para convertir un peón de granja en obrero especializado.

Todo eso, que respecto a China u otro país semejante podría ser cierto, no lo es en absoluto respecto a Rusia, cuya artillería, tanques y aviones, tanto en número como en capacidades para la lucha fueron siempre buenos, como asimismo lo extenso y variado de su territorio le proporciona materias primas completas, incluso algunas de las que carecen otras naciones, y una variadísima gama de educación y cultura en el personal, desde una abundancia sin límites en mozos de granja para masas de Infantería (algunas de brutos fanáticos), hasta ciertos grados de cultura para mandos, marinos y aviadores, pasando por los grados intermedios de obreros y especialistas, siempre en número muy superior al de cualquier otra nación o grupo de naciones.

El vacío en Rusia es relativo; en todo caso constituye una capacidad de dispersión muy ventajoso contra el bombardeo atómico.

Ciertas imperfecciones de ajuste en sus mecanismos, cierta menor perfección de instalaciones, produce una mayor sencillez en sus elementos de guerra, que hace quede su empleo al alcance de un mayor número de personas, y la costumbre y el estilo nacional suplen esas últimas y posibles deficiencias que, además, ligan muy bien con lo extremado del clima y las características de la guerra en aquellas regiones. Lo mejor fué siempre enemigo de lo bueno. Por otra parte, gracias a cuanto encontraron en Alemania y en Checoslovaquia en óptica, talleres de precisión, proyectiles dirigidos y técnicos muy especializados, debe la producción rusa el haber dado un paso cualitativo gigantesco, después de la segunda gran guerra. Y posee una flota submarina, la mejor del mundo, que constituye una incógnita.

El avión de caza Mig-15 supera, en cuanto a motor y maniobrabilidad, a todos los actuales aviones y motores del mundo. Y la superfortaleza se construye en Rusia como si fuesen latas de conserva. De la parte cuantitativa preferimos no hablar, ya que esta serie de condiciones y circunstancias que concurren a su favor pudiera parecer un panegírico, pero si diremos que en cuanto a energía atómica, las últimas noticias es que la poseen, al menos hasta cierto punto.